

## **FORMAS DE DISOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS SOCIALES COMUNITARIOS EN LA PREHISTORIA RECIENTE DEL SURESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA<sup>1</sup>(\*)**

### **COMMUNITY SOCIAL SYSTEMS DISOLUTION WAYS DURING THE LATE PREHISTORY OF SOUTHEAST IBERIA**

**Gabriel MARTÍNEZ FERNÁNDEZ y José A. AFONSO MARRERO**

**Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. 18071. Granada.**

**BIBLID [1138-9435 (2003) 6, 1-437]**

#### **Resumen.**

Durante la Prehistoria Reciente del Sureste se produjeron una serie de desarrollos sociales que significaron la superación del sistema social comunitario y el establecimiento de otro jerarquizado. En la solución del conflicto por el establecimiento de las nuevas relaciones sociales se utilizó la referencia ritual a la comunidad como instrumento ideológico para justificar la expropiación y la desigualdad surgida de ella. En este trabajo planteamos que la apropiación del ganado desempeñó un papel relevante en ese proceso, sin el cual la definitiva cosificación de la tierra sería imposible.

**Palabras clave:** Prehistoria Reciente, SE de la Península Ibérica, Sistemas social comunitario, ritual, gestión del ganado.

#### **Abstract.**

During the South East Iberia Late Prehistory several social developments had taken place that meant the community social system overcoming and its replacement by a hierarchical one. The ritual reference to community as ideological tool was used, not only to justify the expropriation and the social inequalities derived from it, but also as a way to solve de social conflicts raised by the emerging new social relations. In this paper we state that appropriation of stocks had played an important role in this process and it made possible the land appropriation.

**Key words:** Late Prehistory, Southeast Iberia, Community social system, ritual, livestock management.

(\*) Fecha de recepción del artículo: 12-IV-2004. Fecha de aceptación del artículo: 4-XII-2004.

**Sumario:**

1. Introducción. 2. Las bases de subsistencia en el Neolítico: la diversidad de las prácticas económicas. 3. El sistema pastoril. Alternativa de explicación del desarrollo social. 4. Ganado por mujeres: nuevas direcciones del sistema socioeconómico. 5. La ruptura y superación de las relaciones comunitarias. 5.1. Los ritos sociales de la "ruptura". 6. Contrastación empírica y desarrollo histórico del modelo. 6.1. La Edad del Cobre: Los Millares. 6.1.1. Organización general del asentamiento. 6.1.2. El Fortín 1. 6.1.3. El análisis de las tumbas como confirmación. 6.1.4. La expresión simbólica: instrumento de justificación de la dominación. 6.2. La Edad del Bronce: el Cerro de la Encina (Monachil, Granada). 6.3. El Bronce Final: el Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería). 7. Notas. 8. Bibliografía.

**1. Introducción.**

La adopción de las estrategias agrícolas y ganaderas en los procesos productivos subsistenciales de las formaciones sociales prehistóricas de la Alta Andalucía y el Sureste significó no sólo la reorganización de dichos procesos en torno a aquéllas, sino que puso las bases materiales para el desarrollo de las desigualdades sociales que se evidencian en algunas comunidades desde fines del Neolítico. Así, la paulatina implantación del modo de vida agropecuario sólo puede ser explicada a través de las posibilidades que brindaba para la apropiación de los resultados del proceso laboral, dado lo predecible y la concentración temporal y espacial de la producción, frente a la práctica ausencia de las mismas en el modo de vida cazador y recolector.

Durante el Neolítico se iniciaron procesos de diferenciación social, consistentes en la reglamentación y justificación de la dominación en razón de las diferencias de raíz biológica de edad y sexo, tendentes a legitimar un acceso diferenciado a la propiedad comunal, tanto en el interior de las formaciones sociales como entre ellas. Como consecuencia surgieron desarrollos desiguales que están en la base de la variabilidad regional de la fenomenología arqueológica, especialmente en la posterior Edad del Cobre, aunque aquélla, considerada de forma aislada, tiende a enfatizar más la semejanza que la desigualdad de las áreas estudiadas.

En este trabajo asumimos que el proceso fue general, si bien en algunas comarcas tuvo un ritmo diferente y siguió su propia trayectoria. No existe ningún detonante o condicionante fuera del sistema social. Es la aparición de la apropiación de parte de la producción colectiva y la explotación del trabajo individual lo que marca la pauta. Es decir, que la evolución de los sistemas sociales es consecuencia, bien de la solución de las contradicciones, o bien del reforzamiento de las relaciones de producción y no de la aculturación o de la difusión, aunque en el desarrollo de la misma pudieron existir fenómenos de asimilación. En cuanto a la dinámica general del proceso, diferentes indicios permiten pensar que el inicio de la ruptura del sistema comunitario comenzó con una "primera expropiación" que se ejerció a través de la gestión del

ganado de gran talla; con posterioridad, la riqueza consolidada a partir de la propiedad de los ganados posibilitó una "segunda expropiación", la de la tierra. De esta manera se legitimó y culminó el proceso de "expropiación" a la colectividad con las primeras sociedades aristocráticas del final de la Prehistoria. Esta concepción significa el abandono de la idea tradicional de la existencia de rupturas entre el Bronce Pleno y el Bronce Reciente y del supuesto retroceso de las sociedades que aparecieron en éste último. Pero el proceso tuvo lugar en el marco de sociedades, a pesar de todo, bastante simples en su estructura social y relaciones de poder, por eso el vehículo de la justificación parece haber sido el ritual en sus diversas formas (funerario colectivo, de iniciación, de identificación del grupo frente a foráneos, etc.) que creaba la ficción de comunidad y colectividad, cuando ya ciertos individuos o grupos se estaban diferenciando del común en beneficio propio. De esta manera, de ser el ritual un instrumento de cohesión en las sociedades comunitarias, se convirtió en el instrumento de la reproducción de las diferencias emergentes y de justificación del poder que iban adquiriendo los que se atribuyeron el control y ejecución del rito social.

## **2. Las bases de subsistencia en el Neolítico: la diversidad de las prácticas económicas.**

Los grupos del Neolítico Antiguo y Medio poseían un sistema de subsistencia muy diversificado, como muestra no sólo la ubicación de los asentamientos (en cueva y al aire libre en las serranías; al aire libre en las tierras altas, en las bajas y en la costa), sino la variedad de cereales sembrados (Molina, 1983: 32) que puede entenderse como alternativa de garantía frente a las eventualidades climáticas en una agricultura inicial.

Otros datos arqueológicos confirman el argumento de la diversificación de la producción subsistencial neolítica. En concreto, la variedad de especies animales domésticas, y sobre todo el alto porcentaje de restos de fauna salvaje en las colecciones, se ha interpretado como la expresión de un factor de seguridad en la explotación ganadera (Chapman, 1991: 167), aunque otros lo han visto como el resultado de la defensa de los sembrados por parte de los agricultores (Uerpmann, 1977, 1979: 157).

Esta línea argumental encuentra apoyo en el análisis de la industria de piedra tallada. Estando comprobada la homogeneidad técnica de la producción lítica tanto en el Sureste como en la Alta Andalucía (Ramos Millán *et al.*, 1991; Afonso, 1993), si nos centramos en la presencia de lustre de cereal en ciertos fragmentos de hojas prismáticas con truncadura y/o fractura técnica<sup>2</sup>, encontramos que no aparecen en los estratos neolíticos de Los Castillejos (Martínez Fernández, 1985), muy escasamente en La Carigüela (Martínez Fernández, 1985), su porcentaje es relativamente alto (un 1,4% entre 3131 artefactos) en La Molaina (Afonso, 1993: 213-214) y es muy bajo en Cabecicos Negros, prácticamente inexistente (Afonso, 1993: 228).

Nosotros proponemos que estas diferencias no hacen sino confirmar la existencia de diferentes grados de integración en la explotación de los recursos en los grupos neolíticos: por

ejemplo, en La Molaina predominan más actividades agrícolas de producción, sin que falten los aprovechamientos faunísticos, eso sí muy escasos e incluyendo los animales salvajes<sup>3</sup>; en Los Castillejos la producción parece más pastoril sin excluir la actividad agrícola. Por ello resaltamos que ciertos resultados del análisis de captación (Gilman y Thornes, 1985) sobre la importancia de la agricultura de secano para la ubicación de ciertos asentamientos podrían ser interpretados más bien como relacionados con el pastoreo. En consecuencia, podríamos argumentar que cuando dicho análisis concluye que existen una serie de asentamientos directamente relacionados con la agricultura de regadío, otros con la de secano y otros sin diferenciar, estaría reflejando en términos generales, de una forma más evidente en la Edad del Cobre, una mayor importancia de la agricultura de secano, junto al pastoreo para los primeros, y un papel básico del pastoreo, junto a cierta actividad agrícola, en los restantes. En cualquier caso, la ubicación en la proximidad de una fuente de agua permanente no debería interpretarse unívocamente en relación con la agricultura, ya que podría relacionarse con la necesidad de agua para el ganado.

Por tanto, parece que durante el Neolítico, se desarrolló un modelo múltiple de explotación del medio (Chang y Koster, 1986: 100) que implicaba la existencia de comunidades que integraban a grupos con cierto grado de nomadismo, es decir, poblados agrícolas en las llanuras de inundación de los valles (agricultura extensiva) y establecimientos de pastores en las laderas de las sierras. Más adelante se produciría la concentración en ciertos lugares con unas características especiales.

Esta organización de las actividades de los grupos neolíticos con dos tipos básicos de asentamientos: en zonas de pastos y en zonas de tierras de cultivo puede estar en la base de una consagración de las distinciones entre hombres y mujeres, añadidas a la diferenciación "natural" ya existente, mujeres con la agricultura, dado que tenían su movilidad restringida (parto, crianza), y hombres con el ganado.

Si tenemos en cuenta el proceso de establecimiento de poblados permanentes coincidente con el abandono del hábitat troglodita, los cambios en las costumbres funerarias y en la tecnología que acontecen a finales del cuarto milenio a.C. en la Alta Andalucía, junto a la trayectoria social que siguen las posteriores sociedades de las Edades del Cobre y del Bronce, parece lógico pensar que a fines del Neolítico tuvo lugar el inicio, si no la consolidación, del predominio del sector ganadero sobre el agrícola en la producción. Parece que esto llevó aparejado el establecimiento de una división social en la que dominaban los grupos vinculados a la crianza y gestión de los rebaños sobre aquéllos más conectados con la agricultura.

Hay que matizar esta hipótesis con la sugerencia de la existencia de una diferenciación de actividades dentro del grupo, de manera que en algunos casos la cría y gestión del ganado de gran talla se convirtió en una actividad predominantemente realizada por los hombres de algunos clanes, mientras que las actividades agrícolas y ganaderas de reses menores serían

practicadas por las mujeres de esos clanes y por hombres y mujeres de clanes de categoría secundaria.

El establecimiento sedentario al aire libre aparece ligado a la consolidación e incluso incremento del porcentaje de restos de animales domésticos de gran talla en las muestras faunísticas recuperadas en las excavaciones (Chapman, 1991: 167-168 y fig. 32). Es probable, ante la dificultad de la cría de estos animales en un clima mediterráneo (Chapman, 1991: 189), que dicho aumento tenga que relacionarse con la aparición de la desigualdad y, por lo tanto, antes que la importancia económica y subsistencial de los mismos (Harrison y Moreno, 1985) hemos de intentar explicar su significado social. Quiere ello decir que será una razón social, al estar vinculados dichos animales de gran talla a los mecanismos culturales de adscripción de estatus, la que nos dé la clave para la explicación de su presencia cada vez mayor en los yacimientos arqueológicos de la Edad del Cobre.

El fenómeno de concentración de la población y la localización de los asentamientos permanentes en lugares estratégicos, la aparición de murallas y otras construcciones defensivas, se han vinculado a la diferenciación social y a la aparición de conflictos entre grupos (Chapman, 1991). Desde nuestro punto de vista es muy posible que ese fenómeno, en sus inicios al menos, esté causado principalmente por el problema de controlar rebaños más numerosos al resguardo de los depredadores y del robo en lugares en los que las laderas escarpadas, sin casi necesidad de mayores estructuras, podían facilitar ese objetivo o, en todo caso, la maleza natural junto con cercas de materia vegetal pudieron constituir barreras muy adecuadas para esa función.

Paralelamente a la sedentarización, la agricultura se va reorganizando en los alrededores de estos asentamientos estables, siendo practicada frecuentemente por los grupos que tenían sus desplazamientos socialmente restringidos (mujeres y menores no iniciados). Frente al procedimiento de rozas aplicado durante la mayor parte del Neolítico, esta agricultura se desarrolla como un sistema extensivo de secano en el que las legumbres (lentejas, chícharos, habas) han predominado sobre el cereal y se han cultivado mezcladas o alternando con aquél (Buxó, 1991a y 1991b: 74) a fin de regenerar unos suelos que ya no pueden recuperarse mediante largos períodos de barbecho, puesto que los campos han de ser utilizados más frecuentemente. Además los tallos, junto con los rastrojos del cereal, podían ser aprovechados como forraje para el ganado. Por tanto, diferentes restricciones sociales y técnicas parecen haber estado en la base de esta reestructuración de la agricultura que acabamos de señalar. Esto podría explicar el descenso de los útiles relacionados con la siega en los conjuntos de piedra tallada de comienzos y de la Edad del Cobre avanzada que proceden de estas zonas serranas.

En los terrenos de campiña, en cambio, los poblados permanentes y el proceso de sedentarización muestran unas características espaciales. En primer lugar, poseen comparativamente una mayor extensión y una compleja organización de las estructuras de compartimentación del espacio. La mayoría de éstas son fosas excavadas en el suelo de muy

variadas formas y funciones denominadas de forma genérica silos, hasta el punto que este rasgo ha dado nombre a una “cultura arqueológica” propia del Bajo Guadalquivir (Carrilero *et al.*, 1982), pero la identificación de asentamientos semejantes por buena parte de la Península Ibérica, junto a la amplitud cronológica de este fenómeno arqueológico y a los procesos socioeconómicos con los que supuestamente se relaciona, obligaría a reconsiderar esta propuesta (Lizcano, 1995).

Podemos distinguir dos grandes categorías de estructuras excavadas. En unos casos se trata de largas fosas de perfil en V, a veces con muros adosados, que se relacionan mayoritariamente con los sistemas defensivos. Suelen circundar por entero los asentamientos y en ocasiones se completaban con terraplenes y empalizadas anexas. El conjunto podía adquirir una planta muy complicada con puertas fortificadas y bastiones, abarcando en ciertos casos una gran extensión de terreno. Por otro lado, son muy numerosas las fosas de planta redonda u oblonga de tamaños y perfiles muy variados, apareciendo a veces articuladas en asociaciones complejas, que se vinculan principalmente a las necesidades de la vivienda (cabañas) y el almacenamiento (silos). Algunas se han dedicado para la realización de ritos sociales y religiosos o se han aprovechado algunas de las dos categorías anteriores.

La inestabilidad general del subsuelo en el que se excavaron las fosas y la fragilidad de los materiales empleados en la construcción provocaron que las edificaciones hubieran de ser rehechas muy a menudo. Cabe preguntarse si esta circunstancia no ha sido determinante de la gran extensión que suelen exhibir este tipo de poblados, presentando un patrón relativamente difuso de distribución de las viviendas en el interior de los mismos. Se ha sugerido también que incluyan dentro de la cerca defensiva los campos de cultivo (Hurtado, 1991: 60), pero tal vez sea más razonable pensar que protejan los rebaños, ya que el descubrimiento de cuerpos completos de terneras y otros depósitos rituales apuntan hacia la alta importancia que están adquiriendo los rebaños en estas sociedades (Cámara, 1994). Otra sugerencia, reforzada por información etnográfica, propone que muchos de los silos de almacenamiento sirvieran para guardar el forraje con el que alimentar a los rebaños de bóvidos durante las épocas del año en que escaseaba el alimento espontáneo (Pascual-Benito *et al.*, 1993: 43; Martínez Valle, 1993: 146), puesto que el alto valor social de los animales domésticos de gran talla y la parcelación política del territorio a medida que la población se volvía sedentaria introdujeron fuertes restricciones al libre movimiento de personas y animales (trashumancia).

### **3. El sistema pastoril. Alternativa de explicación del desarrollo social.**

Dicho proceso queda reflejado en el registro arqueológico por el progresivo incremento de los animales de gran porte (bóvidos y équidos) en los conjuntos faunísticos debido a su utilización en rituales relacionados, primero, con la cohesión (Cámara y Lizcano, 1996) y después con la reproducción de la desigualdad social, como se señalará más adelante. Ya hemos

indicado cómo en los primeros momentos, la agricultura, tiene un papel secundario en la producción, aunque a medida que pasa el tiempo va adquiriendo más peso en algunas unidades productivas. La explicación parece estar en el hecho de que siendo la titularidad de la propiedad del ganado colectiva, su gestión y beneficio se irá restringiendo a ciertos sectores sociales. Esta trayectoria de la gestión ganadera parece ser la clave para explicar muchos fenómenos arqueológicos y sus correspondientes sociales.

El modelo de desarrollo social basado en la dominación justificada en la “expropiación del ganado” en tanto que medio de producción pudo ser general en todo el Sureste. Las condiciones ambientales favorables no fueron determinantes en su surgimiento y posterior evolución, sino la trayectoria de la formación social concreta, su número de habitantes, su “poder territorial” o la red de relaciones con grupos sociales cercanos, que extendían más allá del control directo las influencias de un grupo humano.

En este tipo de formaciones sociales encontramos la siguiente contradicción emergente. Mientras el territorio del grupo (pastos, tierra agrícola, agua, otros recursos) parece colectivo, así como su explotación, la riqueza acumulada en ganado es propiedad del grupo parental. Esta contradicción se debe plasmar en el surgimiento de una riqueza diferencial dentro de los poblados. Así se añaden nuevos elementos de diferenciación en el seno del grupo. La cuestión está en saber si la contradicción hombre-mujer es más dominante que la contradicción familia rica/familia menos rica y conocer si la aparición de la guerra en este contexto es el resultado del desarrollo de esa contradicción. Parece, no obstante, que la guerra ha debido manifestarse primero entre grupos.

Nos falta saber el mecanismo concreto que explique el proceso de dominación que acabó colocando a la mujer en dependencia. Parece ser que la clave está en el hecho que el ganado pudo llegar a convertirse en un patrón de riqueza, como medida del valor de las cosas o de las personas.

¿Por qué el ganado? Son varias las ventajas que posee frente a otros bienes, por ejemplo los productos agrícolas. Éstos son perecederos a corto o medio plazo y de consumo obligado para la reproducción de la sociedad. Por el contrario, los animales son bienes más duraderos, algunos hasta más valiosos cuanto mayores y tienen la ventaja de que son móviles, con lo que ello implica de facilidad de desplazamiento para alimentarse en caso de escasez hacia zonas más favorables, o para entregar como regalo, de facilidad para el robo. Estas características constituyen la condición para su “cosificación” y su mitificación. Son múltiples los ejemplos producidos a lo largo de la Historia, de manera que podemos afirmar que este proceso constituye una de las vías más comunes de disolución de la sociedad comunitaria y de aparición de un sistema con diferencias sociales basadas en el sexo, junto a las debidas a la edad. El resultado es un complicado orden social, cambiante, además, con el proceso de crecimiento de los individuos.

Pero no todo el ganado parece haber cumplido este papel en la Prehistoria reciente del Sureste. Si valoramos la relación entre porcentajes altos de animales domésticos de porte grande (bóvidos y équidos) y ciertas estructuras arqueológicas constructivas podríamos insinuar que bóvidos y caballos aparecen más en aquellos asentamientos que poseen sistemas constructivos de supuesto carácter "militar": bóvidos y murallas-fortines en Los Millares (Arribas *et al.*, 1985; Peters y Driesch, 1990); bóvidos y murallas en Almizaraque (Delibes *et al.*, 1986; Martín Morales, 1987); bóvidos y murallas en el Cerro de la Virgen (Schüle, 1980; Harrison y Moreno, 1985: 62-66); caballos y "bastión" en el Cerro de la Encina (Molina, 1983: 103, 104-105); bóvidos y recinto fortificado-fortín en la Cuesta del Negro (Molina, 1983: 95 y 99). Aunque estas referencias no pretenden ser exhaustivas, el fenómeno no es exclusivo del Sureste, documentándose de forma casi paradigmática en el asentamiento calcolítico de Zambujal (Sangmeister y Schubart, 1981; Driesch y Boessneck, 1976; Harrison y Moreno, 1985; Uerpmann, 1995).

Hasta ahora estos porcentajes se han interpretado en términos de rentabilidad en la lógica de la hipótesis de la intensificación económica (Harrison y Moreno, 1985; Chapman, 1991; Gilman, 1991), aunque se han planteado otras explicaciones a la importancia de estos animales, por ejemplo como símbolos de poder y patrones de riqueza (Molina, 1983: 105).

La significación de las colecciones de fauna de los yacimientos de la Prehistoria Reciente del Sureste y la Alta Andalucía ha sido destacada por R. Harrison y G. Moreno (1985) en su interés por demostrar la validez de las propuestas de A. Sherratt (1981) sobre la existencia de una segunda revolución neolítica. Esta revolución ha sido puesta en duda por C. Chang y H. Koster (1986: 100-102), al tiempo que las bases metodológicas del trabajo de R. Harrison y G. Moreno han sido criticadas por A. Morales (1990). Efectivamente, más que el significado exclusivamente económico, podemos plantearnos si los restos faunísticos reflejan el surgimiento de nuevas diferencias sociales que acrecentaron las existentes entre hombres y mujeres, y en este caso los animales de gran talla podrían ser una de las claves para explicar el desarrollo histórico de la Edad del Cobre e, incluso, de los cambios en el sistema social de la Edad del Bronce, particularmente desde momentos tardíos de la misma.

Podemos plantearnos si los bóvidos eran unos animales especiales y hacer preguntas a las colecciones de huesos sobre ello. R. Harrison y G. Moreno (1985: 54-60) han realizado la evaluación de las colecciones, sistema de recogida y representatividad. También se ha insinuado el papel de los perros en la conservación de los restos óseos, pero no se ha realizado un análisis pormenorizado que manifieste hasta qué nivel esa acción afectó a la representatividad. No obstante, creemos que para los objetivos que buscamos nos vale la estructura general de las muestras, considerando, con todo, que el porcentaje de bóvidos ha podido resultar ligeramente aumentado, ya que la acción de los perros ha debido afectar a los huesos más abundantes y, entre éstos, a los más frágiles.

Pero a la hora de considerar la representatividad de una muestra faunística no sólo hay que valorar los aspectos implicados en el contexto arqueológico de formación del registro y los procesos postdeposicionales más las condiciones de recogida. Hay que tener en cuenta aspectos del contexto social que pudieron ser decisivos para que los huesos de ciertas especies llegaran a convertirse en evidencia arqueológica. Así, si suponemos que una especie animal ejerce el papel de riqueza, debe ser normal esperar que esté limitada su entrada en los procesos de formación de los depósitos por las normas sociales y, por tanto, sus porcentajes no reflejen fielmente su verdadero papel económico. Si, por otro lado, un asentamiento fue receptor de mujeres fue complementariamente “exportador” de ganado. Ello igualmente implicaría que su evidencia arqueológica sería más pobre en restos de lo que realmente representaba el ganado en cuestión, ya que la distribución de las reses significaría que sus huesos aparecieran en lugares donde no fueron criadas sistemáticamente. El análisis de edad de los vacunos de la Cuesta del Negro podría dar apoyo a esta sugerencia (Harrison y Moreno, 1985: 64-65). ¿Podríamos estar ante un caso de intercambio de personas por ganado?

#### **4. Ganado por mujeres: nuevas direcciones del sistema socioeconómico.**

Anteriormente hemos referido que los análisis faunísticos muestran un incremento del porcentaje de los animales de gran talla a lo largo de la Prehistoria Reciente, acompañado según los casos de un aumento del número de cerdos y de los animales cazados. H.-P. Uerpmann (1979: 157) ha interpretado esto como resultado de un incremento de la agricultura. Es posible, pero podemos entender también que es consecuencia de la introducción del sistema “ganado por mujeres”, mientras la caza, conectada con el desarrollo de las puntas de flecha, puede también verse como la prueba de la separación del resto de la sociedad del grupo de los hombres adultos, que han podido practicarla en relación con los ritos de la adquisición del estatus de adulto.

La nueva dirección del sistema económico habrá que explicarla analizando la consideración social del ganado bovino, en tanto que medio de acumulación de riqueza, símbolo de estatus de posición dominante en el grupo parental y en la sociedad y, probablemente, como elemento con valor de cambio. El uso del ganado en labores productivas agrícolas como animales de tiro no se opondría al funcionamiento de la contradicción principal hombre/mujer porque se trata de la “riqueza” de la familia (mujeres, jóvenes, bueyes o vacas) produciendo para el incremento de la misma. Como ha señalado M. Sahlins (1988: nota 2) las mujeres son el único regalo que a la vez es fértil y debe ser correspondido en trueque, lo que permitió el desarrollo de relaciones de desigualdad entre las comunidades dadoras de mujeres y las receptoras, al crear la necesidad de una contrapartida que no podía ser satisfecha o que lo era tan sólo de forma parcial.

Existen una serie de regularidades en el registro arqueológico actual del Sureste (porcentajes de animales de gran talla, fortificaciones y/o ubicación en cerros aislados de

paredes escarpadas) que nos permiten afirmar que la hipótesis de una lectura social de los animales domésticos de gran talla y su conexión con el sistema de matrimonio y las relaciones sociales en general es bastante consistente. A tenor de los altos índices de bóvidos en algunos yacimientos neolíticos es posible indicar que la poligamia ya existía desde entonces.

Aparentemente, la familia poligámica ha podido ser una respuesta a unas condiciones de mortalidad femenina muy alta como consecuencia de las complicaciones relacionadas con el parto. De esta manera los hijos que sobreviven a la madre se crían en el seno de la familia. Si consideramos la población que se enterró en Cueva Carada, una tumba colectiva en cueva artificial que contenía restos pertenecientes a 164 individuos, podemos comprobar, asumiendo que se trata del lugar de enterramiento de una pequeña población de fines del neolítico y comienzos de la Edad del Cobre (Molina, 1983: nota 100), cuyo asentamiento se encuentra en las inmediaciones (Fresneda *et al.*, 1991: 187), que el segundo grupo de inhumados, después de los niños (junto a los jóvenes representan el 38'4%), es el de las mujeres (34'1%), de las cuales la mayoría ha muerto en la edad adulta (entre 21 y 40 años) (Jiménez Brobeil, 1987: 252).

##### **5. La ruptura y superación de las relaciones comunitarias.**

Este sistema poligámico de matrimonio, que en el Neolítico era la garantía de una redistribución comunitaria de los bienes y servicios y aseguraba la supervivencia material del grupo, constituía al mismo tiempo una de las bases para que se materializara un sistema de acceso restringido a las mujeres, directamente relacionado con las diferencias de riqueza. El intercambio limitado de mujeres dio lugar, por otro lado, al establecimiento de alianzas entre las élites, al control de la mano de obra empleada para el trabajo en la producción subsistencial por parte de esas élites y, finalmente, la formación de "clientelas".

El resultado fue la diferenciación entre "clanes" más ricos y más pobres y, lo más importante, la generación de una segunda contradicción en el seno de los grupos parentales, que se generalizará en la Edad del Bronce, y que debió ser la vía de destrucción de las relaciones grupales de la Edad del Cobre.

La ruptura del sistema de producción "tradicional", caracterizado por el acceso comunitario a los medios de producción y por la distribución comunitaria de lo producido, se produjo por la vía de la acumulación de riqueza. Ésta pudo materializarse de varias maneras: a través de ciertas especies de ganado, por medio de ciertos productos elaborados en materias primas de distribución no generalizada, o mediante el control de las personas consideradas de rango inferior. En el caso concreto que analizamos parece haber sido el ganado vacuno el que adquirió el papel de símbolo de riqueza frente a los ovicápridos y los productos agrícolas. El ganado de bóvidos es el más difícil de gestionar en las condiciones medioambientales del Sureste y en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Por ello mismo su control fue quedando al margen del sistema comunitario de distribución, a la vez que su posesión o no

facilitó o restringió el acceso al matrimonio. Ello significó el inicio de la superación del marco de las relaciones de parentesco como relaciones sociales de producción.

Nuestro enfoque, al plantear que la contradicción principal tiene lugar entre hombres y mujeres-niños/jóvenes en proceso de iniciación obliga, a la hora de realizar preguntas al registro arqueológico, a cambiar ligeramente la dirección. Al estar organizadas las unidades domésticas sobre la base de la desigualdad principal, analizar y comparar los espacios de vida de estas unidades (cabañas principalmente) nos aportará información sobre variaciones en la jerarquía entre estas unidades (contradicción secundaria), pero no detectaremos la principal. Las preguntas hay que hacerlas a la disposición general de los asentamientos, por un lado a nivel semimicro para detectar la interrelación y dependencia entre asentamientos cercanos, y por otro a la organización intrayacimiento para detectar la posible estructuración ordenada del espacio en razón de la oposición masculino/femenino. También podemos utilizar como referentes para la contrastación la estructura de edad de los inhumados en las tumbas colectivas, los análisis comparativos de los ajuares depositados en las sepulturas, y la variedad de expresiones simbólicas.

A medida que este sistema social evoluciona la contradicción principal se agudiza. Esto da lugar a la aparición de otras contradicciones secundarias: ciertos individuos, en razón de su control sobre el ganado, tienen más acceso a las mujeres, con lo que otros hombres quedan discriminados con menos mujeres o sin ninguna y, consecuentemente, ciertas familias se hacen más ricas y numerosas. De esta manera la contradicción que comenzó como secundaria se convertirá en principal para la resolución del conflicto y la salida hacia otro sistema social de familia, monogámica y más restringida (la argárica) y cuya composición, en cualquier caso, no se basa exclusivamente en la compra de la mujer, ya que la principal (hombre/mujer) no podía resolverse dadas las condiciones históricas. De hecho hoy aún no se ha resuelto. No obstante, en parte sí se resolvió por la vía de la pertenencia al clan, de manera que ciertas mujeres se elevaron sobre las restantes. La contradicción hombre/hombre se agudizó porque los jefes de las grandes familias ocuparon todos los puestos de representación social y esta posición pudo acabar siendo hereditaria dentro del grupo principal<sup>4</sup>.

En cierta medida, nuestro modelo insinúa que entre el Neolítico Reciente y la Edad del Cobre se habría producido un ciclo de "disolución" de la "igualdad" primitiva; el siguiente "ciclo" seguirá otra lógica, aunque como respuesta a las contradicciones previas.

En este sentido la llamada Cultura de Los Millares podría verse como el reflejo en el registro arqueológico de la primera parte de este proceso, con lo cual, de acuerdo con las fechas de radiocarbono disponibles (Chapman, 1991: 125), se habría desarrollado básicamente en la segunda mitad del III milenio a.C. Pero es posible que fenómenos semejantes se hayan producido en otros lugares de la Península Ibérica, especialmente en aquéllos en los que vemos aparecer ciertos tipos de construcciones defensivas, fortines y tumbas de tipo *tholos* en

oposición, tal vez, a lo que sucedió en los poblados con fortificaciones más simples y tumbas megalíticas.

Este fenómeno cultural, que se inicia en el Neolítico Reciente, marca una fase de desarrollo histórico diferenciada que probablemente en las tierras orientales de Andalucía no concluya hasta el momento del Bronce Final en el que se produce la definitiva relegación de las relaciones comunitarias en las formaciones sociales. Anteriormente hemos indicado cómo algunos fenómenos arqueológicos (murallas y posición estratégica de los poblados), interpretados como expresión de la violencia entre grupos podrían ser entendidos de otra manera. Explicamos el comienzo de aparición de las desigualdades en relación con la gestión de los ganados, pero ¿qué mecanismos se usaron para justificar la desigualdad? Posiblemente los mismos ritos sociales de reproducción del sistema comunitario (Godelier, 1978: 192).

### 5.1. Los ritos sociales de la “ruptura”.

La iniciación constituye uno de los rituales más generales en la reproducción de los sistemas sociales, incluidos los comunitarios. Mediante la misma los individuos adquieren el estatus de miembro de pleno derecho de la sociedad. Suponemos que dichos rituales también existieron durante la Edad del Cobre de Andalucía Oriental; es más, pensamos que algunos grupos calcolíticos desarrollaron una reglamentación de tales rituales que sirvió para justificar el inicio de la desigualdad y ocultar las diferencias sociales emergentes.

Ciertas evidencias arqueológicas apoyan esta propuesta: en algunas tumbas colectivas los niños o fueron excluidos del enterramiento o, en momentos avanzados de la Edad del Cobre, relegados a zonas marginales de las sepulturas, como sucede en la necrópolis de Los Millares (Almagro y Arribas, 1963: 173), quedando así constatada una segregación en razón de la edad que no encontramos en los enterramientos de época neolítica<sup>5</sup>.

Otras evidencias, en cambio parecen enfatizar el estatus de adulto. Muchos objetos calcolíticos de morfología más o menos antropomorfa presentan atributos tanto masculinos como femeninos remarcados por la figuración bastante naturalista de los órganos sexuales. En la mayoría de ellos encontramos un rasgo formal común que se ha interpretado como tatuaje facial, representado por varias líneas bajo los ojos. Si este tatuaje fuera la expresión corporal de la superación de las pruebas de iniciación, estaría confirmando la existencia de tales ritos para ambos sexos durante la Edad del Cobre.

Esto no quiere decir que la iniciación de hombres y mujeres siguiera rituales semejantes. A lo largo del Calcolítico las diferencias se acentuaron con la consiguiente justificación de la dominación de los primeros sobre las segundas. Es probable que mientras en el caso de las muchachas el acceso a la madurez suponía su reclusión en ciertas zonas de los asentamientos y su preparación para el matrimonio, sin ser relegadas, no obstante, de su colaboración en las actividades cotidianas, la iniciación de los jóvenes suponía una separación

efectiva y prolongada de su participación en las tareas de subsistencia. Hacia el final de la Edad de Cobre algunas formaciones sociales complicaron el proceso de la iniciación masculina, restringiendo el acceso a la parte del mismo vinculada al control y uso de la violencia, así como a la transmisión de ciertos conocimientos artesanales.

La constatación de evidencias materiales relacionadas con el ejercicio de la violencia en las sociedades prehistóricas del Sureste y la Alta Andalucía se ha explicado generalmente como resultado de enfrentamientos entre grupos sociales diferentes y de la competencia entre ellos (Chapman, 1991: 35). Nosotros entendemos el fenómeno como consecuencia de la generalización de la economía agropecuaria y del acceso desigual a los excedentes dentro de las formaciones sociales, es decir como una manifestación histórica interna en el proceso de establecimiento y legitimación de las desigualdades sociales, aunque relacionada o reforzada a veces por factores externos.

Seguramente por la tensión que el pastoreo trashumante iba creando entre ciertos grupos, las diferencias sociales vinculadas a la gestión de los animales se vieron reforzadas y justificadas, lo que facilitó su reconocimiento e inserción en la reproducción social. Así se reglamentaron los papeles destacados que algunos adultos iban adquiriendo, especialmente guerreros, artesanos especializados y otros estatus relacionados con los nuevos rituales. Por otro lado, la iniciación permitió establecer una dominación, eso sí temporal, sobre los jóvenes, y de esa manera pudieron ser obligados a realizar los trabajos más esforzados y arriesgados que un sistema comunitario no podía exigir, como tener parte destacada en la elevación de las construcciones comunitarias, robar ganado a los vecinos, participar en expediciones lejanas para la consecución de materias escasas, como la sal, tan necesaria para la cría del ganado.

Para la realización de la iniciación masculina algunas sociedades construyeron edificios especializados donde llevar a cabo la separación efectiva de los no iniciados, desarrollar la transmisión de los conocimientos y, al mismo tiempo, hostigar a los vecinos o defender los rebaños propios.

Un sistema productivo basado en la explotación de los recursos ganaderos necesariamente requiere de la existencia de un estado que organice las áreas de actividad especializadas y que tenga la capacidad de defenderlas frente a agresores foráneos o a revueltas internas, que garantice el derecho a la apropiación del plusproducto, hecho que se consigue mediante la sumisión de los productores y no mediante el control de los medios de producción.

Hasta ahora el complejo arqueológico de Los Millares es el único suficientemente investigado en Andalucía Oriental como para permitir contrastar nuestras propuestas. Si bien es verdad que ese ejemplo responde a su propia evolución social, podemos tomarlo como un modelo de la "tendencia histórica". Los Millares tienen una extensión y una complejidad estructural tales que no vuelven a encontrarse en la Península Ibérica hasta época protohistórica. Para mantener un agregado de población tan numeroso como el que reflejan las características

antes dichas, las unidades organizativas de distinto orden deben tener una regulación propia que contribuye a la estabilidad y reproducción de todo el sistema. De lo contrario sería muy difícil mantener la cohesión del grupo.

## 6. Contrastación empírica y desarrollo histórico del modelo.

### 6.1. La Edad del Cobre: Los Millares.

#### 6.1.1. Organización general del asentamiento.

El asentamiento de Los Millares en su conjunto puede ser evaluado en términos simbólicos, pero ello, de ser correcto, implica cuestionar, al menos parcialmente, el modelo de crecimiento y desaparición que se ha propuesto (Arribas y Molina, 1984b; Arribas *et al.*, 1985). Si tomamos en consideración la distribución de la cerámica con decoración campaniforme se pone de manifiesto un área reducida con una alta concentración en oposición al resto del poblado y necrópolis donde la presencia es muy escasa y en los fortines donde no se ha documentado ningún fragmento. La zona con mayor concentración coincide con la parte más interna del poblado, la conocida como “ciudadela”<sup>6</sup>. Resulta aparente una oposición entre fortín y “ciudadela” (en términos abstractos interior/exterior). Aceptando que dicha oposición refleja la contradicción entre lo masculino y lo femenino<sup>7</sup> es posible interpretar la “ciudadela” como el lugar de reclusión de las muchachas antes de su iniciación o de su casamiento. De ser cierto, el rico conjunto de cerámica campaniforme allí encontrado se asocia al componente femenino, como ha planteado M. Carrilero (1991), y tal vez manufactura exclusiva de cierto segmento de edad de la población femenina. También encontramos allí una depresión interpretada como cisterna. Este depósito de agua reforzaría la idea de constituir un recinto destinado a la reclusión porque contaba con su propio abastecimiento de agua, cuyo suministro ha sido tradicionalmente tarea de mujeres y niños. Esta interpretación, por otro lado, nos permitiría insinuar la existencia de una nueva asociación simbólica, esta vez entre el agua y lo femenino, cuya materialización aparecería en la cerámica simbólica en la composición de triángulos rellenos de puntos y líneas quebradas. Al margen de la certeza de esta propuesta, la continuidad estilística y cronológica entre cerámica simbólica y cerámica campaniforme (Carrilero y Suárez, 1989-90: 126-130; 1994) da apoyo a la relación de la primera con lo femenino, dada la asociación entre las temáticas decorativas de ambos tipos de cerámica.

Tomando como ejemplo del otro extremo de la oposición al Fortín 1, por ser el más complejo de los excavados hasta la fecha y el mejor documentado, parece ser el área “masculina”, el lugar donde se consiguen algunos de los estatus más destacados de los hombres. A pesar de las fechas tan recientes que proporcionan las dataciones de C14 (1870±40 b.c., 1970±50 b.c., 1930±50 b.c.; Arribas y Molina, 1987: 138; González, 1994: 18) no se ha

descubierto dentro de él ni un sólo fragmento de cerámica campaniforme. La distribución de restos óseos de bóvido muestra un patrón parecido, al tiempo que refleja otra supuesta oposición entre poblado y fortines<sup>8</sup>.

Estas claras diferencias en los registros de ambos yacimientos a pesar de ser, al menos, parcialmente contemporáneos, no pueden ser explicadas satisfactoriamente salvo en términos funcionales, asumiendo sin lugar a dudas que ambos tipos de asentamiento corresponden a un mismo grupo social<sup>9</sup>.

No habiéndose documentado hasta ahora ninguna zona de estabulación de los bóvidos, a pesar de ser la máxima expresión de la riqueza, sólo cabe pensar que la necrópolis, constituía además el espacio de protección de estos animales, gracias a los tabúes que las propias tumbas poseían. La disposición de las sepulturas han sido interpretada bien como resultado del proceso de su expansión a lo largo del tiempo (Leisner y Leisner, 1943), bien como reflejo de las relaciones entre los clanes que en ellas se enterraron (Chapman, 1981). No obstante, habría que investigar la posibilidad de que, además, la localización de las tumbas marque zonas de "estabulación" de distintos rebaños, siendo el límite de protección la línea de fortines que bordea a Los Millares por el sur y el suroeste. Esta sugerencia se ve reforzada por la existencia de una balsa construida a la izquierda de la barbacana de la puerta principal de la línea I de muralla, que se alimentaba a través del acueducto descrito por L. Siret (1893).

#### 6.1.2. El Fortín 1.

En el complejo arqueológico de Los Millares se está investigando un yacimiento conocido como "Fortín 1". En la complicada planta de este fortín destacan dos líneas concéntricas de muralla con bastiones y puertas regularmente distribuidas y un foso que circunda la muralla exterior. Un análisis somero de la organización del espacio permite sugerir que se trata de una estructura para la realización del período de iniciación de los jóvenes, al menos durante su segundo período de uso (Molina *et al.*, 1986). Es más, podríamos asegurar que la reestructuración constructiva del fortín en su segunda fase ha sido planificada para cumplir la función que le atribuimos de espacio para la iniciación.

De acuerdo con los argumentos antes expresados, si este fortín es un lugar en donde residen los jóvenes en la etapa de sus vidas que va desde que dejan de ser niños hasta su casamiento, las diferencias se complementan: estando excluidos de la relación y contacto con las mujeres también lo están de la cerámica "femenina" y del consumo de la carne con la que se adquirirán sus mujeres. Así se explicarían otras evidencias: estructuras de molienda, restos metalúrgicos, taller de puntas de flecha. Probablemente haya sido la dinámica social la que ha generado estas estructuras "guerreras" más que la propia guerra en sí, es decir los hombres jóvenes deben mostrar su valor y arrojo antes de entrar en el grupo de los adultos, cumpliendo, al mismo tiempo el papel de grupo armado de "vanguardia" contra los grupos vecinos, sin que

ello implique nunca una situación continua de guerra, ya probablemente más bien sea el ganado de los vecinos el objeto de sus hazañas. Otras explicaciones, como una casta exclusivamente guerrera posiblemente no pudiera ser soportada por el sistema económico, ni se corresponde con un sistema de jerarquización social tan rudimentario.

Pero el fortín integra otros componentes estructurales que contribuyen a una interpretación como lugar especializado en la consecución del estatus de adulto masculino. El recinto interno acogió la cabaña colectiva para los jóvenes; que, aunque interpretada como torre, pudo muy bien cumplir el papel de cabaña comunal, posible “casa de solteros”; el anillo creado por la edificación del recinto exterior se dividió en dos grandes ámbitos, susceptibles de lectura funcional, pero sobre una lógica estructuralista: uno “abierto”, para actividades “productivas”, en el que se distribuyen abundantes estructuras para la molienda con contenedores asociados y con acceso directo desde las dos puertas de entrada al fortín, y otro “cerrado”, tras las cabañas que segmentan el espacio y restringen el paso, donde pudieron tener lugar las ceremonias del proceso de “formación” de los jóvenes. La cabaña excavada hasta ahora, aun cuando muestra algunos de los componentes de estructuras semejantes del poblado (molino, hogar, recinto de almacenamiento), presenta un rasgo exclusivo: el taller de puntas de flecha (Molina *et al.*, 1986; Ramos Millán *et al.*, 1991: 177-181). Nuevamente encontramos una evidencia material que refuerza la interpretación en la línea simbólica. Probablemente ambas fueran el lugar donde vivían los adultos que controlaban directamente la formación de los muchachos y su dominio de la manufactura de puntas de flecha de sílex manifiesta que se trataba de personajes de estatus alto, que actuaban como suministradores de puntas de flecha a los jóvenes y al mismo tiempo como maestros de algunos de ellos de esta artesanía. Incluso el pequeño espacio sin acceso desde el suelo y adosado a la cabaña debe entenderse como el lugar donde se guardaban los objetos “sagrados” que se usaban en los rituales de la iniciación.

El interior de la mayoría de los bastiones de ambas murallas parece haber sido utilizado como área de actividad metalúrgica. En la cabaña antes referida se encontraron evidencias conectadas a la talla continuada de puntas de flecha. Dichos registros constituirían una prueba de que el surgimiento de las primeras actividades artesanas especializadas en algunas formaciones sociales calcolíticas estaba socialmente limitado por el control sobre la transmisión de los conocimientos especializados al estar vinculada a la iniciación, al tiempo que ésta justificaba la existencia de algunos especialistas.

La manufactura de puntas de flecha, cuya relación con la guerra ya hemos destacado en otro trabajo (Ramos Millán *et al.*, 1991: 61-63), nos permite avanzar otras interesantes sugerencias. Aunque en el Fortín 1 se han documentado varias áreas donde se han tallado puntas de flecha, la especial concentración de esquirlas y artefactos resultado de dicha actividad en una de las cabañas parece indicar que el aprendizaje de tal habilidad se conseguía sólo por el contacto directo con un artesano en el transcurso del período de la iniciación.

¿Qué hacen los jóvenes en el fortín? Principalmente actividades de alto sacrificio, algo corriente en sistemas sociales con iniciación: pastoreo de los rebaños de bóvidos, hostigamiento a las poblaciones vecinas, posiblemente robándoles su ganado, aprendizaje de artesanías especializadas y seguramente controladas por algunos clanes, como la fundición del cobre y la manufactura de puntas de flecha; consecución y procesado de la sal tan necesaria para el ganado en los complejos de molienda<sup>10</sup> de la zona “abierta” del fortín. Cabe plantearse su participación en la elevación y mantenimiento de los sistemas defensivos de Los Millares, entendiéndose entonces mejor la “inversión” en la construcción de murallas del asentamiento, que cuadra muy mal con un sistema productivo primitivo, aunque al quedar esta actividad fuera del espacio de la iniciación es más difícil entenderla como parte de ella.

¿Van todos los jóvenes de una generación al fortín? Todo parece indicar que no y teniendo en cuenta su número, es probable que los diferentes clanes posean distintos lugares de iniciación de sus jóvenes, de ahí el número de fortines documentado en Los Millares, aunque esta sugerencia necesita contrastación mediante excavación. Es muy improbable que un espacio tan pequeño acogiera a todos los jóvenes de una generación de Los Millares, lo cual refuerza la sugerencia de jeraquización de clanes planteada por R. Chapman (1981) especialmente teniendo en cuenta que no todos los fortines son iguales en tamaño y organización.

En síntesis, la iniciación realizada en el fortín ha significado la preparación para, al menos, las siguientes posiciones de estatus destacado: proveedor de materias primas exóticas o estratégicas (sal), guerrero (puntas de flecha), artesano metalúrgico (fundición de cobre). Hay que entender que las tres están socialmente determinadas y esa determinación marcó su papel en el proceso de “destrucción” del orden social parental.

### 6.1.3. El análisis de las tumbas como confirmación.

Pero el conflicto interno y externo, aparte de los episodios de violencia directa o potencial, encuentra mecanismos de amortiguación en los rituales, lo que refuerza el papel de los que los controlan y al mismo tiempo los hace aparecer como elementos necesarios para la estabilidad y la continuidad. Entre todas las deducciones obtenidas a partir del registro arqueológico las relativas al ritual funerario han centrado mayoritariamente la atención de la Arqueología tradicional, pero a veces enfatizando más los aspectos descriptivos y simbólicos que el significado socioeconómico del mismo. La ubicación de las tumbas de la Edad del Cobre expresa el papel de dominio que poseían. Algunos ejemplos son suficientes. La necrópolis de Los Millares reunía una de las concentraciones de riqueza y de símbolos de prestigio más grandes de la época en toda Europa occidental, sin embargo se encontraba fuera del recinto amurallado. La distribución de tumbas megalíticas en los alrededores de Los Millares (Cara y Carrilero, 1985) podría interpretarse como la respuesta “ritual” de los grupos megalíticos vecinos a la presión de los jóvenes en la etapa de la iniciación de Los Millares, ya que los tabúes

de las sepulturas protegerían a las reses y los pastos. La dispersión de tumbas en el pasillo de Tabernas y ladera meridional de Los Filabres parece marcar rutas de movimientos de ganado y áreas de control de pastos (Cámara *et al.*, 1993).

Si relacionamos estas sugerencias con la diversidad tipológica de las tumbas de la necrópolis de Los Millares encontramos otro apoyo documental, ya que un segmento de los ajuares, las puntas de flecha de sílex y su distribución en las tumbas más ricas de la necrópolis (Chapman, 1991: 264), nos permite proponer que la condición de varón dominante en razón de su control sobre ganado vacuno y mujeres parece estar muy relacionada con la de guerrero, y que la riqueza de puntas de flecha para la guerra en estas tumbas es alta.

En la misma línea, la escasez de campaniforme en las tumbas de Los Millares y su práctica ausencia de las restantes necrópolis del Sureste (Carrilero, 1991: 1000-1001) estaría reflejando la poca relevancia social de las mujeres en el grupo al que pertenecen o en el sistema social general, más que un horizonte cronológico concreto. Otra categoría social, la de los no iniciados, es relegada a ser depositada en espacios secundarios de los enterramientos. Quedan aún algunas personas más relegadas en la escala social: aquéllas que no reciben sepultura. Podría argumentarse que se trata de extraños al grupo social, pero dada la trayectoria social sugerida no se puede descartar que pertenecieran al mismo.

#### **6.1.4. La expresión simbólica: instrumento de justificación de la dominación.**

Entre la variada producción simbólica de la Edad del Cobre (Siret, 1995) la cerámica simbólica (Martin y Camalich, 1982) se asociaría al factor femenino (que la manufactura), de manera que toda una serie de elementos compositivos (ojos soles, triángulos invertidos rellenos de puntos, ondas y líneas quebradas u onduladas —agua, cabellos, surcos) podrían relacionar lo femenino a la agricultura (posibles estilizaciones de espigas, campos de puntos como campos cultivados). No obstante aparecen otros elementos contrarios: el ciervo y los triángulos rellenos de puntos.

La posición del ciervo como enemigo de la agricultura abogaría por su exclusión del binomio mujer/agricultura. Sólo la interpretación en el contexto estructural de la oposición principal masculino/femenino posibilita interpretarlo: es el elemento femenino no doméstico<sup>11</sup>, que es cazado por el hombre cazador-pastor-guerrero. Pero en algunos casos el ciervo aparece rodeado de ciervas, lo que contradice lo anterior. Sólo en el caso de que algunos símbolos, como éste, sean ambivalentes, tal escenificación implicaría la aceptación de la sumisión por parte de la mujer, es decir la poligamia como forma social de familia.

La cerámica simbólica tiene su continuación en la campaniforme, pudiendo ser interpretadas en línea continuista, aunque con matizaciones (Carrilero y Suárez, 1989-90: 126-130). La desaparición de las composiciones con la expresión de la oposición masculino/femenino indicaría la conclusión del proceso de dominación de la mujer. Al mismo

tiempo podría expresar que ciertos hombres con posiciones sociales dominadas se implican en los trabajos agrícolas.

Las pinturas rupestres esquemáticas nos pueden aportar información complementaria. De acuerdo con las asociaciones descubiertas J. Martínez García propone la significación de “riqueza” del ganado (Martínez García, 1984: 77), mientras que la relación hombre-cuadrúpedo y la ausencia de relación mujer-cuadrúpedo indicaría que las mujeres para adquirir el estatus X se asocian a hombres (Martínez García, 1984: 70). Para nosotros esta interesante propuesta no es sino la confirmación de que la asociación se produce mediante la “compra” de la mujer con ganado y su transformación en el otro “ganado” del hombre; es decir una plasmación de la poligamia y la dependencia femenina.

En síntesis, la sociedad del Cobre, en su conjunto, presenta una doble división: en “horizontal” en relación con la funcionalidad o mayor peso de las actividades de subsistencia desarrolladas por los grupos: agricultores, pastores y “vertical”, que diferencia a mujeres-niños de los hombres y dentro de éstos a adultos casados y jóvenes-pastores guerreros. A su vez entre los adultos casados probablemente existirían diferentes categorías según la pertenencia al clan. Toda esta segmentación da como resultado una escala variada y compleja que va desde las mujeres-niños agricultores hasta los hombres adultos-jóvenes pastores (guerreros) que pueden ejercer su violencia sobre todos los demás.

Un sistema tan complejo de reproducción social, que todavía mantiene la apariencia de la posición ganada en vida, pero en el que la relación con la familia patriarcal o el privilegio de acceso a la riqueza favorecía a unos individuos frente al resto, hasta ahora se infiere casi exclusivamente de la documentación del yacimiento de Los Millares porque es uno de los más estudiados, pero pudo haberse desarrollado en diferentes formaciones sociales del sur y del este peninsulares. El monopolio del uso de la violencia, que algunos sectores de la sociedad alcanzaron para garantizar primero el sometimiento de las mujeres y después de otros hombres del propio grupo, se ejerció seguramente sobre otras formaciones, apareciendo formas de dominación de unas sociedades sobre otras. Es muy probable que el conflicto por los pastos, sobre las bases de la desigualdad previa, sea el origen de sistemas de reproducción social “tipo Millares”, en unos casos por agresión hacia grupos que se encuentran en el camino de acceso hacia los pastos de la Sierra de Gádor (Los Millares), en otros, por ejemplo los asentamientos calcolíticos de las proximidades de Chercos (Martínez Fernández *et al.*, 1989), como respuesta a la competencia con otros grupos de ambas vertientes de la Sierra de Los Filabres.

Cabe la posibilidad de que en algunos casos los grupos en su conjunto estén constituidos por pastores guerreros y que ejerzan su dominación sobre las comunidades vecinas en lugar de sobre otros clanes de su comunidad y sus vecinos, como ocurría en Los Millares. Este parece ser el caso de Almizaraque. De ser así, la poca extensión del asentamiento, el bajo número de las tumbas de su necrópolis y su homogeneidad constructiva y de ajuar alcanza

explicación. Además la colección de puntas de flecha de este yacimiento (Afonso, 1993) posee una homogeneidad de estilo no constatada hasta ahora entre las estudiadas por los autores de todo el Sureste y la Alta Andalucía. Esto coincide con una ausencia de elementos dentados para hoz.

## 6.2. La Edad del Bronce: el Cerro de la Encina (Monachil, Granada).

La asunción de la *norma argárica* (Chapman *et al.*, 1987) puede considerarse como la expresión de una reorganización del sistema socioeconómico de las formaciones sociales entonces radicadas en la Vega de Granada. Las élites locales habrían adoptado las nuevas formas culturales y las habrían impuesto al resto de la población en su esfuerzo por potenciar la diferenciación social, que se basa en el derecho a disfrutar de forma individual de los resultados de la producción al margen de las relaciones de parentesco gentilicias. La adopción de la *norma argárica*, y no otra, en las partes occidentales de la provincia de Granada, se debe, además de a la proximidad del pujante mundo argárico, al hecho de que tanto en aquél como en las sociedades del fin de la Edad del Cobre de esta área, la acumulación de bienes se realiza por medio del ganado, o, mejor dicho, que la aparición, establecimiento y reproducción de las élites se basa en la apropiación (gestión y control) por las mismas de los componentes de la cabaña que no tienen un carácter básicamente subsistencial (bóvidos, équidos), mientras que los que resultan fundamentales (ovicápridos) para la reproducción biológica del grupo se mantienen todavía en el ámbito doméstico en cuanto a su gestión y aprovechamiento. La “cosificación” del ganado y su utilización como expresión del valor resulta más sencilla que la de la tierra.

Este proceso de reafirmación de la contradicción poseedor/no poseedor puede parecer negada por el hecho de que en las tumbas de la Edad del Bronce puedan distinguirse ajuares masculinos y femeninos. El que la contradicción de clase se constituya en la contradicción principal en las sociedades del Bronce no implica la desaparición de las otras. La mujer en la nueva formación social sigue teniendo un papel subordinado, de ahí la necesidad de marcar su diferencia con el hombre, pero lo que es más importante en los ajuares funerarios de estos momentos es que la cantidad y la calidad de los objetos constitutivos de los mismos no son homogéneas a todos los enterrados, de forma que se pueden encontrar en el mismo asentamiento ajuares de mujer muy ricos o muy pobres, ajuares de hombres ricos y pobres e incluso pueden encontrarse enterramientos de adultos masculinos o femeninos sin ajuar. Todo lo cual no hace sino reafirmar la propuesta de partida, que lo determinante está en el acceso diferencial a la riqueza.

Por otro lado, la existencia de un patrón de asentamiento jerarquizado, sirva en este caso de ejemplo el grupo de asentamientos del sector suroccidental de la Vega que posiblemente tuvo como centro de su organización política el Cerro de la Encina (Fresneda *et al.*, 1987-88), parece indicar la existencia de una diferenciación entre agregados poblacionales de una misma

formación social, proceso que arranca del Calcolítico y que es uno de los factores que pudo atenuar la diferenciación interna de las comunidades nucleares.

La apropiación de la producción que está en la base de la diferenciación social en la época del Bronce se efectúa mediante la extracción de tributos que han de ser pagados por las poblaciones subordinadas y que en muchas ocasiones toman la forma de don para la celebración de un/os ritual/es de cohesión e identificación de la formación social. Dicho ritual remarcaría la existencia de la comunidad a la cual se pertenece y por cuya pertenencia se adquiere el derecho a usufructuar la tierra que ya empieza a acotarse. Indicio de esto lo constituye el que los asentamientos muestren una distribución regular, como sucede en el caso ya mencionado del sector suroriental de la Vega y se ha constatado en otras áreas mejor estudiadas. Así, en un tramo del curso del río Galera los poblados se sitúan a una distancia aproximada de dos kilómetros y medio unos de otros (Fresneda *et al.*, 1989, 1990 y 1991). Asimismo, el derecho al usufructo de la tierra requiere de la existencia de dos mediaciones, que de manera sucinta pueden expresarse como sigue: primera, pertenencia a la comunidad de base (pequeños asentamientos de la Vega); segunda, pertenencia a la comunidad general (rituales de cohesión de la comunidad). Por tanto, la ficción de la comunidad constituye el vehículo a través del cual se ejerce la explotación.

Tomando en consideración lo antes dicho, alcanza significado pleno el extraordinario conjunto de huesos de caballo que se documentó en el Cerro de la Encina de Monachil. En un recinto anexo a una de las puertas del gran edificio conocido como bastión (Arribas *et al.*, 1974) se descubrió una acumulación de huesos de caballos que fueron consumidos en el asentamiento.

Este depósito intencionado de restos óseos puede ser el causante del excepcional peso que los équidos tienen en la muestra faunística del asentamiento, lo que ha sido destacado por F. Molina (1983: 104) como un caso único en el mundo. Una interpretación economicista de estos restos ha destacado, contradictoriamente, el aporte cárnico fundamental de los caballos a la dieta de los pobladores del asentamiento, junto al hecho de que los animales se sacrificaron muy viejos (Driesch, 1974), lo que a todas luces representa un comportamiento antieconómico en términos de gestión de la cabaña. Más bien la edad y carácter de los équidos sacrificados tendría que ver con la composición de la cabaña de los yacimientos dependientes y, a su vez, tendría repercusiones en la valoración social de los mismos, y sobre todo, de sus élites, es decir de su capacidad para extraer más y mejor excedente. En consecuencia, parecería más coherente con el sacrificio tardío, la interpretación de estos animales como símbolos de estatus (Molina, 1983: 105). Sin embargo, es posible ir más allá en la interpretación del significado social de los caballos. La asociación del recinto con el bastión podría indicar que éste, antes que un papel estrictamente defensivo, cumplía la misión de acoger las ceremonias relacionadas con la reproducción y afirmación del sistema social. Es más en el mismo sitio se han sucedido a lo largo del tiempo tres o cuatro edificios semejantes a medida que se fueron arruinando. Los

caballos fueron, entonces, consumidos en las fiestas rituales por las cuales se reivindicaba la existencia de la comunidad y constituían parte de los tributos pagados para la celebración de las mismas. La porción no consumida de dicho tributo fue apropiada por la élite de la sociedad, parte de la cual residía y se enterraba en el yacimiento, si bien no se puede negar que otra parte residiera en los asentamientos periféricos, cabeza de otros poblados dependientes.

Este sistema social entra en crisis, al igual que el sistema argárico, en el Bronce Tardío. No vamos a extendernos aquí en la explicación detallada de las causas de dicha crisis, si bien creemos que el motor que la originó y aceleró fue la inestabilidad creada por las élites residentes en la periferia. Éstas paulatinamente dejaron de ser administradoras de los tributos generados por las poblaciones subordinadas para pasar a ser receptoras y beneficiarias exclusivas de dichos tributos, lo cual significó la destrucción de la ficción de la comunidad general y la necesidad de pertenecer a ella para disfrutar del derecho al uso de la tierra y abrió la vía para la apropiación de la misma, no ya como una condición objetiva de la producción, sino como un medio de trabajo que podía usufructuarse o, en el caso más extremo, poseerse. Todo esto requirió, a su vez, de una nueva reformulación del sistema social.

### 6.3. El Bronce Final: el Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería).

En el Bronce Final, en el Sureste parece documentarse la confirmación de los cambios que venían produciéndose a lo largo del Bronce Pleno y Tardío. Tales cambios son particularmente evidentes en la cultura material. Las referencias a los patrones de la *norma argárica* que se habían mantenido durante el Bronce Tardío, desaparecen ahora del registro arqueológico. No existen ya formas cerámicas que recuerden a los modelos argáricos, también se producen cambios en los artefactos metálicos y tanto el patrón de asentamiento como el urbanismo son radicalmente diferentes.

En las formas cerámicas aparecen de nuevo los grandes recipientes, orzas, cazuelas, que poseen decoración que responden a patrones muy complicados (retícula bruñida, aplicaciones metálicas, decoración pintada, etc.) que contrastan con las cerámicas mayoritariamente lisas de periodos anteriores. Frente al urbanismo organizado en torno a calles y lugares abiertos y con casas cuadrangulares de varias habitaciones como unidad de modulación de los asentamientos argáricos, en el Bronce Final, los poblados se caracterizan por la aparente falta de organización de las áreas de residencia y por la cabaña de una sola habitación como módulo urbanístico.

Estos cambios en la cultura material son tradicionalmente interpretados como resultado de una regresión social, de una vuelta a la comunidad parental y a las relaciones de parentesco como expresión de las relaciones sociales de producción (Molina, 1983: 108; Carrilero, 1992, 1993) que tan eficazmente parecían haber sido abolidas en el Bronce Pleno. La asunción de esta idea ha significado que no se haya entendido la relación entre las sociedades del Bronce Final y

las ibéricas que se desarrollaron en los mismos territorios y, en algunos casos en los mismos lugares, unos seiscientos años más tarde.

Puesto que no creemos en la existencia de procesos de involución social, sino antes bien que en el intento de mantener y desarrollar las desigualdades sociales de las que extraen sus beneficios y privilegios las élites tienden a enmascararlas con la mistificación de lo comunal, y dada la falta de potencia explicativa para el caso del surgimiento y desarrollo de las sociedades ibéricas de las hipótesis antes planteadas proponemos a continuación otro modelo que basado en la evidencia arqueológica solventa los problemas expuestos.

El triunfo de las élites de la periferia y la fragmentación política a él asociado llevó aparejada la formulación de un nuevo sistema de apropiación de los productos y de explotación de la fuerza de trabajo. En esta nueva realidad social, la familia, entendida no sólo como grupo de parientes, sino principalmente como unidad política básica, adquirió un papel central, siendo al mismo tiempo expresión política de la jerarquización social. Es decir, las relaciones de dominación que los adultos ejercen sobre los jóvenes, los hombres sobre las mujeres, los padres sobre los hijos, etc. en el marco de la familia, se extrapolaron como expresión formal de las nuevas relaciones sociales que se ejercían al margen de los lazos sanguíneos.

Por otro lado el acceso al uso de la tierra de cada unidad familiar venía determinado por la capacidad de la misma para trabajarla. En esto último intervienen dos factores, el número de mano de obra disponible y la cantidad y calidad de los medios de trabajo con que se cuenta. El aumento de la fuerza de trabajo puede realizarse de manera natural, aumentando el número de hijos de cada familia, si bien el comportamiento demográfico antiguo ponía serias limitaciones a esta vía. La otra manera de conseguir este objetivo era mediante la asociación política de varias familias. Puede plantearse que tales relaciones fueran establecidas en términos de igualdad y que las unidades contratantes adquirieran los mismos derechos y obligaciones. Al menos eso es lo que parece sugerir la similitud de las estructuras de habitación y los conjuntos de materiales en ellas recuperados (Carrilero, 1992: 132). Ahora bien, un análisis más detallado de los contenidos de los distintos tipos de estructura existentes en un asentamiento nos permitiría distinguir diferencias funcionales entre las mismas. Así, por ejemplo, en el Peñón de la Reina de Alboloduy (Martínez Padilla y Botella, 1980) sólo se sondeó un tipo de estructura de los que eran evidentes en superficie, de ahí la regularidad de los conjuntos materiales recuperados. Por lo que respecta al repertorio cerámico dos son los conjuntos que se destacan, los vasos de grandes dimensiones, de almacenaje, y la vajilla. No obstante, pueden observarse algunas diferencias en otros tipos de materiales, por ejemplo en los artefactos metálicos, tomando gran significación los objetos que habitualmente se denominan de adorno personal, fibulas, anillos, etc., como ya ha destacado M. Carrilero (1992, 1993). Ahora bien, contrariamente a su opinión de que estos objetos de uso personal no indican grandes diferencias entre los estatus sociales de los poseedores y de los no poseedores de los mismos, pensamos que es precisamente el carácter

personal, ni comunal ni familiar de estos objetos lo que está remarcando las diferencias sociales entre los distintos individuos. La existencia de grandes monumentos funerarios de tipo tumular con enterramientos principales y secundarios parece estar indicando cierta dependencia de los segundos con respecto a los primeros (por ejemplo Aubet, 1975, 1978). El propio desarrollo de algunos de estos túmulos funerarios muestra el proceso de establecimiento de una relación "clientelar" en torno a algunos personajes destacados del sistema social (Aubet, 1980-81).

El yacimiento citado del Peñón de la Reina constituye un buen ejemplo del asentamiento de un grupo del Bronce Final en el que la propiedad del ganado se ha consolidado. La topografía del emplazamiento responde a la necesidad del control nocturno de los rebaños, como ya indicamos a propósito del proceso de sedentarización, razón por la que en este mismo lugar se ha documentado una ocupación de época neolítica (Martínez Padilla y Botella, 1980: 297). En este caso, además, diferentes tramos de muralla cierran las partes más accesibles. Pero sobre todo la distribución de los distintos tipos de estructuras pudo haber estado condicionada por la necesidad de dejar espacios libres para la distribución y estabulación de los ganados. Se diferencian netamente dos clases de construcciones: unas de planta oval, consideradas cabañas y así lo confirman los materiales en ellas recuperados, y otras que aglutinan pequeños espacios segmentados, que, en espera de confirmación por excavación, podrían ser establos para los animales pequeños que no pueden acompañar a los rebaños en sus desplazamientos diarios<sup>12</sup>. Se revela así un patrón urbanístico de amplia extensión que se debe más al papel relativamente especializado que tuvo que al número de la población que allí se estableció. Esta sugerencia nos permite aclarar la gran superficie de algunos conocidos asentamientos del Bronce Final de Sureste, como el Cerro de la Encina o el Cerro de los Infantes, en razón de la nueva estructura de la propiedad de los rebaños.

El proceso de apropiación del ganado de gran talla que las élites habían conseguido y consolidado a lo largo de las etapas anteriores de la Prehistoria Reciente, les garantizaba no el acceso directo a la propiedad de la tierra, sino la posibilidad de cultivar mayores extensiones de la misma que permanece, en teoría, comunal. Es este acceso diferenciado a la explotación de la tierra, que de esta forma deja de ser sólo una condición objetiva de la producción, para convertirse también en un medio de producción, lo que puede justificar el desarrollo de las relaciones clientelares como medio de garantizarse la supervivencia.

La investigación arqueológica ha insistido todavía poco acerca de la contrastación de hipótesis sobre esta primera apropiación de la tierra en relación con una intensificación de su explotación agrícola. Probablemente el análisis de los instrumentos de trabajo constituya una línea de investigación muy válida. En este sentido parece evidente la mayor efectividad de las hoces del Bronce Final, antecedentes directos de las primeros ejemplares de hierro. A juzgar por la forma de las piezas de sílex que las armaban han debido ser unos útiles más fuertes y resistentes que sus antecedentes neolíticos y de la época argárica (Ramos Millán *et al.*, 1991:

63). Pero existe una prueba más reveladora, ya que confirma la tendencia del sistema económico que venimos argumentando: hace unos años se descubrió en el Cerro de los Infantes un horno de alfarero para la cocción de ánforas de fines del siglo VII a. C. (Mendoza *et al.*, 1981: 194), que demuestra la producción y comercialización indígena del vino y del aceite (Contreras *et al.*, 1983: 535). Aunque haya mediado la influencia fenicia, que desde la costa malagueña alcanzó muy pronto la Vega de Granada a través del Boquete de Zafarraya (Mendoza *et al.*, 1981; Molina *et al.*, 1983; Pachón y Carrasco, 1983), sólo las condiciones sociales internas y de las poblaciones dependientes podían permitir el desarrollo y consolidación de estas actividades económicas.

## 7. Notas.

<sup>1</sup> Presentado al I Congreso Iberoamericano de Arqueología Social (Huelva 1996). Se publica sin modificación respecto del texto remitido a los organizadores de dicho congreso para su edición, en prensa.

<sup>2</sup> Algunas han sido caracterizadas como el tipo "elemento de hoz" por B. Martí *et al.* (1980). Para más información véase Ramos Millán *et al.*, (1991: 61-64).

<sup>3</sup> El estudio de los restos faunísticos de este yacimiento está siendo realizado por J. A. Riquelme.

<sup>4</sup> El análisis de las tumbas de Los Millares realizado por R. Chapman (1991: 245-268) muestra que las más destacadas de la necrópolis recogen además las mayores variedades y cantidades de símbolos de estatus.

<sup>5</sup> En este sentido puede entenderse la práctica neolítica del descarnado de los muertos vinculado al rito funerario documentado en ciertas cuevas de Los Montes o del borde oriental de la Vega de Granada, que afectó tanto a los cadáveres de adultos de ambos sexos como a los de infantiles y juveniles (Jiménez Brobeil *et al.*, 1986)

<sup>6</sup> En el asentamiento contemporáneo de Zambujal también se ha encontrado la cerámica campaniforme mayoritariamente concentrada en una zona: la torre B y el área VX (Kunst, 1987: 595).

<sup>7</sup> Esta oposición no es consecuencia de la intervención de dos principios organizativos de la sociedad (como plantearía la teoría estructuralista), de cuyo enfrentamiento dimana no sólo la manifestación material de la producción, sino también la no menos material expresión simbólica, sino del desarrollo de la primera contradicción, es decir, de la subordinación de la mujer en tanto que fuerza de trabajo.

<sup>8</sup> Los porcentajes de bóvidos en el Fortín 1 y en el 5 son del 2,9% y del 5,0% respectivamente. Es más, en el Fortín 1 sólo 13 restos entre 445 pertenecen a estos animales. En el poblado los huesos de bóvidos representan el 14,3% entre el conjunto de restos faunísticos. Su distribución parece seguir un patrón más o menos homogéneo (Peters y Driesch, 1990: 72), pero falta aún por hacer una valoración de los contextos de recuperación de la muestra, ya que se insinúan asociaciones significativas.

<sup>9</sup> No estaría confirmada, por tanto, por falta de datos materiales que lo demuestren, la sugerente hipótesis de M. Carrilero de que corresponda a un grupo antagónico al asentado en Los Millares (Carrilero, 1991: 974-975).

<sup>10</sup> Esta interpretación de los molinos ha sido propuesta por F. Molina (comunicación personal) basándose en análisis de sedimentos realizados por J. Capel.

<sup>11</sup> La oposición doméstico/salvaje parece ser identificada en las representaciones esquemáticas rupestres (Martínez García, 1984: 65-68).

<sup>12</sup> En interesante resaltar que estos edificios (posiblemente cuatro) se localizan en la parte central y más llana del poblado, mientras las cabañas se distribuyen alrededor, ubicándose algunas en sitios de bastante pendiente (Martínez Padilla y Botella, 1980: fig. 3).

## 8. Bibliografía.

- AFONSO, J.A., 1993: *Aspectos técnicos de la producción lítica de la Prehistoria Reciente de la Alta Andalucía y el Sureste*. Tesis doctoral. Universidad de Granada, Granada.
- ALMAGRO, M. y ARRIBAS, A., 1963: *El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, III. Madrid.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F., 1984b: "The latest excavations of the Copper Age settlement of Los Millares, Almería, Spain". En WALDREN, W. H., CHAPMAN, R., LEWTHWAITE, J. y KENNARD, R.-C., Eds.: *The Deya Conference of Prehistory. Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*. B.A.R. International Series, 229, pp. 1029-1050. Oxford.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F., 1987: *New Bell Beaker discoveries in the Southeast Iberian peninsula*. En WALDREN, W. H. y KENNARD, R. C., Eds.: *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Theory and New Site Data*. B.A.R. International Series, 331 (i), pp. 129-146. Oxford.
- ARRIBAS, A., MOLINA, F., CARRIÓN, F., CONTRERAS, F., MARTÍNEZ, G., RAMOS, A., SÁEZ, L., TORRE, F. de la, BLANCO, I. y MARTÍNEZ, J., 1985: "Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI campaña de excavaciones en el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1985*. Vol. II, pp. 245-262. Sevilla.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA, O. y MOLINA FAJARDO, F., 1974: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina". Monachil (Granada). (El corte estratigráfico nº 3)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 81. Madrid.
- AUBET SEMMLER, M.<sup>a</sup> E., 1975: *La Necrópolis de Setefilla, en Lora del Río*. Sevilla. CSIC. Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M.<sup>a</sup> E., 1978: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)*. Programa de Investigaciones Protohistóricas, III. Barcelona.

- AUBET SEMMLER, M.<sup>a</sup> E., 1980-81: "Nuevos hallazgos en la necrópolis de Setefilla (Sevilla)". *Mainake* II-III, pp. 87-115. Málaga.
- BUXÓ, R., 1991a: "Algunos aspectos sobre la presencia de leguminosas en el Mediterráneo peninsular: nuevos datos de investigación de restos paleocarpológicos". En VILÁ, A., Coord.: *Arqueologia. Nuevas tendencias*. C.S.I.C., pp. 101-114. Madrid.
- BUXÓ, R., 1991b: "Nous elements de reflexió sobre l'adopció de l'agricultura a la Mediterrània Occidental peninsular". *Cota Zero* 7, pp. 68-76. Vic.
- CÁMARA, J.A., 1994: *El ritual funerario y el conflicto social. Aproximaciones teóricas*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad de Granada, Granada.
- CÁMARA, J.A. y LIZCANO, R., 1996: "Ritual y sedentarización en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén)". *Rubricatum, 1. Actes del I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra 1995)*. Vol. 1, pp. 313-322. Gavà.
- CÁMARA, J.A., MALDONADO, M.<sup>a</sup> G., MÉRIDA, V. MOLINA, F., RUIZ, V., 1993: "El papel social del megalitismo en el sureste de la Península Ibérica. Las comunidades megalíticas del pasillo de Tabernas". En *Deiá Conference of Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory, (Conference Resumes)*. Deiá.
- CARA BARRIONUEVO y CARRILERO, M., 1985: "Prospección arqueológica superficial del estuario del Andarax y piedemonte de la Sierra de Gádor (Almería)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1985*. Vol. II, pp. 63-66. Sevilla.
- CARRILERO, M., 1991: *El fenómeno campaniforme en el sureste de la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada. Granada.
- CARRILERO, M., 1992: "El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica". En VV.AA.: *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica 100 años de investigación*. Instituto de Estudios Almerienses, pp. 117-142. Maracena.
- CARRILERO, M., 1993: "Discusión sobre la formación social tartésica". En ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup>, Eds.: *Los enigmas de Tartesos*. Cátedra. Madrid.
- CARRILERO, M., MARTÍNEZ, G. y MARTÍNEZ, J., 1982: "El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La Cultura de los Silos en Andalucía Occidental". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, pp. 171-207. Granada.
- CARRILERO, M. y SUÁREZ, A., 1989-90: "Ciavieja (El Ejido, Almería): resultados obtenidos en las campañas de 1985 y 1986. El poblado de la Edad del Cobre". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 14-15, pp. 109-136. Granada.
- CARRILERO, M. y SUÁREZ, A., 1994: "Excavaciones arqueológicas en Ciavieja (El Ejido,

- Almería). Nuevas aportaciones al comienzo de la metalurgia en el Sudeste de la Península Ibérica". En KUNST, M., Coord.: *Origens, Estruturas e Relações das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica*. Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras, 3-5 Abril 1987, pp. 199-215. Lisboa.
- CHANG, C. y KOSTER, H.A., 1986: "Beyond Bones: Toward an Archaeology of Pastoralism". *Advances in Archaeological Method and Theory* 9, pp. 97-148. Orlando.
- CHAPMAN, R., 1981: "Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, pp. 75-89. Granada.
- CHAPMAN, R., 1991: *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Editorial Critica. Barcelona.
- CHAPMAN, R., LULL, V., PICAZO, M. y SANAHUJA, M.E., 1987: *Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e. I. La prospección arqueoecológica*. B.A.R. International Series, 348. Oxford.
- CONTRERAS, F., CARRIÓN, F. y JABALOY, E., 1983: "Un horno de alfarero en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)". *Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia 1982), XVI, pp. 533-537. Zaragoza.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M.D., MARTÍN MORALES, C., 1986: "El poblado de Almizaraque". En VV.AA.: *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, pp. 167-177. Madrid.
- DRIESCH A. von den, 1974: "Informe preliminar acerca de los huesos de animales del corte 3 del "Cerro de la Encina" (Monachil, Granada)". En A. ARRIBAS *et al.*: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina", Monachil (Granada) (El corte estratigráfico 3)*. Excavaciones Arqueológicas de España, 81, pp. 151-157. Madrid.
- DRIESCH, A. von den y BOESSNECK, J., 1976: "Die fauna von Castro de Zambujal (Fundmaterial der Grabungen von 1966 bis 1973 mit Ausnahme der Zwingerfunde)". *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 5, pp. 4-129. München.
- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ ARIZA, M.<sup>a</sup> O. y LÓPEZ LÓPEZ, M., 1987-88: "Cultura de El Argar en el sector oriental de la Vega de Granada. Estado actual de la investigación". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 12-13, pp. 101-133. Granada.
- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ ARIZA, M.<sup>a</sup> O., PEÑA, J.M. y LÓPEZ LÓPEZ, M., 1989: "Prospección arqueológica superficial del Río Galera desde Galera a Castilléjar. Campaña de 1989". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*. Vol. II, pp. 51-56.

Sevilla.

- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ ARIZA, M.<sup>a</sup> O., PEÑA, J.M., LÓPEZ LÓPEZ, M. y ARROYO, E., 1990: "Prospección arqueológica superficial de la margen izquierda del Río Castril desde Castril a Cortes de Baza. Campaña de 1990". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1990*. Vol. II, pp. 114-117. Sevilla.
- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ ARIZA, M.<sup>a</sup> O., PEÑA, J.M., LÓPEZ LÓPEZ, M., ALEMÁN, I. y RODRÍGUEZ AGUILERA, A., 1991: "Prospección arqueológica superficial del Río Huéscar desde Huéscar a Galera. Campaña de 1991". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1991*. Vol. II, pp. 185-190. Sevilla.
- GILMAN, A., 1991: "Desenvolupament agrícola i evolució social al Sud-Est espanyol". *Cota Zero* 7, pp. 136-143. Vic.
- GILMAN, A. y THORNES, J. B., 1985: *Land use and Prehistory in South-East Spain*. George Allen and Unwin. London.
- GODELIER, M., 1978: *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Siglo XXI Editores. Madrid.
- GONZÁLEZ, P., 1994: "Cronología del grupo argárico". *Revista d'Arqueologia de Ponent* 4, pp. 7-46. Lleida.
- HARRISON, R. J. y MORENO LÓPEZ, G., 1985: "El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios". *Trabajos de Prehistoria* 42, pp. 51-82. Madrid.
- HURTADO PÉREZ, V., 1991: "Informe de las excavaciones de urgencia en «La Pijotilla». Campaña de 1990". *Extremadura Arqueológica, II. I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, pp. 45-67. Mérida-Badajoz.
- JIMÉNEZ BROBEIL, S.A., 1987: *Estudio antropológico de las poblaciones neolíticas y de la Edad del Cobre en la Alta Andalucía*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada. Granada.
- JIMÉNEZ BROBEIL, S.A., ORTEGA VALLET, J. A. y GARCÍA SÁNCHEZ, M., 1986: "Incisiones intencionales sobre huesos humanos del Neolítico en la Cueva de Malalmuerzo (Moclín, Granada)". *Antropología y paleoecología humana* 4, pp. 39-65. Granada.
- KUNST, M., 1987: "Bell Beaker sherds in Zambujal". En WALDREN, W. H. y KENNARD, R. C., Eds.: *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, Interpretation, Theory and New Site Data*. B.A.R., International Series, 331 (ii), pp. 591-609. Oxford.
- LEISNER, G. y LEISNER, V., 1943: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel: Der Süden*. Verlag von Walter de Gruyter, & Co. Berlin.
- LIZCANO PRESTEL, R., 1995: *Las comunidades del Neolítico Final en el Alto Guadalquivir*.

Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada. Granada.

- MARTÍ OLIVER, B., PASCUAL PÉREZ, V., GALLART MARTÍ, M.D., LÓPEZ GARCÍA, P., RIPOLL PÉREZ, M., ACUÑA HERNÁNDEZ, J.D. y ROBLES CUENCA, F., 1980: *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*. Vol. II. Serie de Trabajos varios del S.I.P., 65. Valencia.
- MARTÍN MORALES, C., 1987: "El poblado de Almizaraque: los inicios de la metalurgia". En FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., Dir.: *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica. I Oviedo, 1987*, pp. 10-22. Oviedo.
- MARTÍN SOCAS, D. y CAMALICH, M.<sup>a</sup> D., 1982: "La 'Cerámica simbólica' y su problemática (Aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, pp. 267-306. Granada.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G., 1985: *Análisis tecnológico y tipológico de las industrias de piedra tallada del Neolítico, la Edad del Cobre y la Edad del Bronce de la Alta Andalucía y el Sudeste*. Tesis doctoral. Universidad de Granada. Granada.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G., GARRIDO, O., PADIAL, B., 1989: "Excavación de urgencia en El Cerrillo (Chercos)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*. Vol. III, pp. 40-46. Sevilla.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J., 1984: "El Peñón de la Virgen: un conjunto de pinturas rupestres en Gilma (Nacimiento, Almería). Asociaciones recurrente, simbolismo y modelo de distribución". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, pp. 39-84. Granada.
- MARTÍNEZ PADILLA, C. y BOTELLA, M., 1980: *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 112. Madrid.
- MARTÍNEZ VALLE, R., 1993: "La fauna de vertebrados". En BERNABEU AUBÁN, J., Dir.: "El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)". *Saguntum* 26, pp. 123-151. Valencia.
- MENDOZA, A., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y AGUAYO, P., 1981: "Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze- und Eisenzeit in Oberandalusien". *Madrider Mitteilungen* 22, pp. 171-210. Mainz.
- MOLINA, F., 1983: *Prehistoria de Granada*. Editorial Don Quijote. Granada.
- MOLINA, F., CONTRERAS, F., RAMOS, A., MÉRIDA, V., ORTIZ, F. y RUIZ, V., 1986: "Programa de recuperación del registro arqueológico del Fortín I de Los Millares. Análisis preliminar de la organización del espacio". *Arqueología Espacial*, 8, pp. 175-201. Teruel.
- MOLINA, F., MENDOZA, A., SÁEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P., ROCA, M., 1983:

- "Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la Cultura Ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes". *Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia 1982) XVI, pp. 698-708. Zaragoza.
- MORALES, A., 1990: "Arqueozoología teórica: usos y abusos reflejados en la interpretación de las asociaciones de fauna de yacimientos antrópicos". *Trabajos de Prehistoria* 47, pp. 251-290. Madrid.
- PACHÓN ROMERO, J. A. y CARRASCO RUS, J., 1983: "Influencias fenicias en la Vega de Granada". *Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia 1982), XVI, pp. 479-488. Zaragoza.
- PASCUAL-BENITO, J.LI, BERNABEU AUBÁN, J. y PASCUAL BENEYTO, J., 1993: "Los yacimientos y las estructuras". En J. BERNABEU AUBÁN, Dir.: "El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)". *Saguntum* 26, pp. 25-46. Valencia.
- PETERS, J. y DRIESCH, A. von den, 1990: "Archäozoologische untersuchung der Tierreste aus der Kupferzeitlichen Siedlung von Los Millares (Prov. Almería)". *Studien über frühe Tiernochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 12, pp. 51-119. München.
- RAMOS MILLÁN, A., MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G., RÍOS JIMÉNEZ, G. y AFONSO MARRERO, J.A., 1991: *Flint production and exchange in the Iberian Southeast, III millenium B.C.* Instituto Tecnológico Geominero de España y Universidad de Granada. Granada.
- SAHLINS, M., 1988: *Cultura y razón práctica*. Gedisa. Barcelona.
- SANGMEISTER, E. y SCHUBART, H., 1981: *Zambujal. Die Grabungen 1964 bis 1973*. Madrider Beiträge, 5, Mainz.
- SCHÜLE, W., 1980: *Orce und Galera. Zwei Siedlungen aus dem 3. bis 1. Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel I. Übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*. Verlag Philipp von Zabern. Mainz.
- SHERRAT, A., 1981: "Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution". En HODDER, I., ISAAC, G. y HAMMOND, N., Eds.: *Patterns of the Past. Studies in Honour of David Clarke*, pp. 261-305. Cambridge University Press. Cambridge.
- SIRET, L., 1893: "L'Espagne préhistorique". *Revue des Questions Scientifiques* XXXIV, pp. 489-562. Bruxelles.
- SIRET, L., 1995: *Religiones neolíticas de Iberia*. Arráez Editores. Almería.
- UERPMANN, H.P., 1977: "L'élevage en Méditerranée occidentale". *Actes du colloque international de l'Institut de recherches méditerranéennes*, pp. 87-94. Paris.
- UERPMANN, H.P., 1979: "Informe sobre los restos faunísticos del corte nº 1". En ARRIBAS,

- A. y MOLINA, F.: *El poblado de "Los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte nº 1*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie monográfica, 3, pp. 153-168. Granada.
- UERPMANN, H.P., 1995: "Observações sobre a ecologia e economia do Castro do Zambujal". En KUNST, M., Ed.: *Origens, Estruturas e Relações das culturas calcolíticas da Península Ibérica*. Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras 3-5 abril 1987, pp. 47-53. Lisboa.